

EL MISTERIO DE NUESTRA CONSAGRACIÓN VIRGINAL¹⁸⁰

I. Nuestra vocación virginal está en el centro de nuestra vocación apostólica

Ya saben cómo celebraban nuestros primeros hermanos y hermanas las fiestas de los Apóstoles: eran para ellos verdaderos jalones que les permitían repensar su vocación esencial. A su entender eran de su misma raza. Y, por supuesto, nosotros somos de la raza de los Apóstoles, como dijimos ayer, es decir, de aquellos y aquellas que Jesús eligió –como dice san Marcos– para que estén con Él y anuncien la Buena Nueva del Reino, revestidos del poder de echar a los demonios. ¡Estar con Jesús! ¡Para que Él esté con nosotros! Uds. bien saben, hermanas, lo que esto les debe significar.

No se trata únicamente de vivir juntas, de vivir con Cristo, como lo hicieron nuestros primeros hermanos, de ser testigos de los hechos y gestos de Jesucristo y meditarlos en el corazón, como la Santísima Virgen, sino de entrar profundamente y cada vez más en el misterio del Maestro, Salvador del mundo, a fin de revestirse de Él por así decir, de ser para Él –según la clásica expresión de Sor Isabel de la Trinidad– “una humanidad suplementaria” en la que Él renueve todo su misterio; o incluso, si prefieren la expresión paulina, para completar en nuestra carne (con todo el sentido que tiene esta palabra para San Pablo, es decir, tanto en nuestra carne “caro” como en nuestra alma) “lo que falta a su Pasión a favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24),

Y esto es lo que me hace pensar y decir que en el centro mismo de nuestra vocación y de nuestra vida apostólica encontramos el *misterio de nuestra consagración virginal*.

Porque, efectivamente, el día de su profesión solemne, Uds. consagraron a Dios su virginidad y Dios consagró la virginidad de ustedes.

II. Sus exigencias

¿Qué significa esto?

Significa que hemos renunciado gozosamente a la comunidad de vida y de amor con alguien, a la gloria y al gozo tanto de la maternidad como de la paternidad. Hemos renunciado a fundar un hogar. Hemos consagrado esta renuncia y se la hemos ofrecido a Dios en holocausto; y a lo largo de toda nuestra existencia realizamos ese gesto –evidentemente insensato si lo miramos con ojos humanos– que hicimos cuando consentimos en seguir al Maestro: “Y dejándolo todo lo siguieron” (Lc 5,11).

Uds. perciben inmediatamente, hasta qué punto esta renuncia es algo distinto de lo que habitualmente llamamos castidad, incluso de la castidad perfecta. Se dan cuenta hasta qué punto este holocausto llega a las profundidades de nuestro ser, a sus máximas exigencias en lo que se refiere a la presencia de otro, a la fecundidad, a la irradiación y a la eternización del ser.

Y no podemos embarcarnos en semejante aventura sin saber, por lo menos teóricamente, de qué se trata.

Sé muy bien que la psicología de un hombre o de una mujer es muy distinta a los veinte años que a los cuarenta. Por esta razón, la mayoría de los que hemos entrado en la vida religiosa, de los que hemos abrazado la vida apostólica en nuestra juventud, fatalmente experimentamos en un momento dado de

¹⁸⁰ Tradujo: Hna Isabel Guiroy, osb. Santa Escolástica.

nuestra vida esa especie de metamorfosis que hace aparecer el holocausto que realizáramos al principio de nuestra aventura en toda su crudeza y con todas las exigencias que implicaba pero que no entendíamos, no experimentábamos con tanta claridad ni tan intensamente como en esos momentos en que somos verdaderamente adultos y “realizamos”, en el sentido etimológico del término, lo que hemos consagrado a Dios en la fe.

Hermanas, pienso que cuando nos sentamos frente al Señor como lo estamos haciendo ahora, quienquiera seamos y cualquiera sea la etapa a la que hayamos llegado, nos hace bien mirar de frente nuestra consagración virginal, que me parece que está, lo repito, en el mismo centro, en el mismo corazón de nuestra vocación apostólica.

Debemos mirarla con coraje, con sinceridad, con lealtad, para tratar de sumergirnos, de entrar un poco más en las profundidades del misterio. Nunca terminamos de realizar nuestra virginidad.

III. Es un “misterio”

Por lo tanto, si tratamos de explicarla, evidentemente tropezamos con el misterio que nuestra situación implica, como acabo de decir.

Porque se trata de un *misterio* y no de un problema. Las palabras de Dios que encontramos en la primera página del Génesis, tan reveladoras de las exigencias de la vida humana, nos descubren una orientación de vida absolutamente diferente de la que nosotros hemos elegido.

Luego de haber creado al hombre, Dios dice: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.” (*Gn 2,18*).

Y Dios entrega la mujer al hombre para que los dos juntos realicen su destino temporal y su destino eterno.

Y si proseguimos nuestra lectura, constatamos que Dios ordena a este hombre y a esta mujer que crezcan, que devengan ellos mismos, multiplicándose, llenando la tierra (*Gn 1,28*).

Ahora bien, el día de nuestra profesión, nosotros nos comportamos prácticamente como si Dios no hablara para nosotros, como si fuera muy bueno estar solos, como si el hombre no tuviera necesidad de la mujer, como si la mujer no estuviera hecha para el hombre.

Nos comportamos como si no estuviéramos destinados a dar la vida, no solamente en el plano carnal sino también en el plano interior; nos comportamos como si no fuéramos seres de eternidad, y no solamente en el plano del alma sino también en el plano del cuerpo.

Esto no puede dejar de hacernos reflexionar, sobre todo cuando el problema se plantea –como decía más arriba– con una agudeza insospechada. Porque a los veinte años, todo esto se nos presenta mucho más teórico y especulativo que práctico y vivido. Pero cuando avanzamos en la existencia la necesidad de la presencia del otro y de nuestra presencia para el otro, el hecho de que estamos hechos *para* la maternidad o *para* la paternidad, se nos revela a veces en forma muy dolorosa.

Es entonces cuando debemos no mirar hacia atrás, ni tampoco a la derecha y a la izquierda, sino tratar de entrar en esta vocación nuestra verdaderamente, lúcidamente, humildemente y también valientemente.

IV. ¿Por qué esta elección?

a) *Falsas explicaciones*

Por indiferencia

No puede ser que hayamos elegido este género de vida, esta situación, *por indiferencia*, por insensibilidad; pues yo noto cada vez más hasta qué punto ni los insensibles ni los indiferentes –si es que existen, si hay de estas personas en el mundo... ¡pero encontramos toda clase de cosas sobre la tierra!– que ni los indiferentes ni los insensibles son capaces de llevar nuestra vida.

Porque efectivamente, ¿cómo sería posible experimentar la necesidad de la presencia de Jesucristo, del Cristo *total* –ya que se trata de este Cristo total– si en algún momento no hubiéramos sentido hasta qué punto estamos vacíos, hasta qué punto existimos en potencia de otro, hasta qué punto estamos hechos para llenarnos con la plenitud de otro?

¿Y cómo sería posible entrar en el juego de nuestra “vocación para el mundo”, es decir, cómo sería posible entrar en las exigencias de esa “muerte para el mundo a fin de que el mundo viva”, si nunca hemos experimentado la necesidad de dar lo más íntimo que tenemos, lo más profundo, si jamás hemos experimentado la necesidad de ser madres o de ser padres según la carne?

No, no puede tratarse de indiferencia, de insensibilidad. Recuerdo una anécdota que cuenta Lanza del Vasto en su libro *Preceptos y principios de retorno a la evidencia*. Dice que estando en la India, conoció a un monje que acababa de recibir a un joven para la vida monástica. El monje le hizo la siguiente pregunta a boca de jarro: “¿Tú ya sabes lo que es amar?”. El joven le respondió: “Padre, todavía no sé lo que es el amor”. Y el monje le dijo: “Y bien, vete, retorna al mundo y aprende primero lo que es el amor. Luego vuelve”.

Podemos encontrar en esta frase, en esta anécdota, una luz extremadamente preciosa ya que es realmente imposible entrar profundamente en el secreto de nuestra vida si, lo digo una vez más, no hemos experimentado, gustado, sentido en nosotros las exigencias de este amor que el Creador ha sembrado en el corazón de todo hombre y de toda mujer que viene al mundo.

Veo cada vez mejor que sólo los amantes, sólo los apasionadamente amantes son capaces de ser verdaderos monjes, verdaderas monjas, verdaderos apóstoles.

Por menosprecio de la vocación común

Pero ¿quizás, no subestimamos o *menospreciamos* un estado de vida que se nos presenta como un mal menor para los miembros del pueblo de Dios, para los que caminan hacia el Reino y que ya son hijos y herederos del Reino?

Hermanas, pienso que no tenemos más que releer el capítulo tan hermoso de “Lumen Gentium” (cap. 5) dedicado al llamado universal a la santidad, para convencernos una vez más de que no constituimos una “aristocracia” en el pueblo de Dios, que no somos “privilegiados”, que no estamos “separados” en el sentido de estar ubicados en un mundo absolutamente aparte, ¡no! Nos daremos cuenta inmediatamente de que todos, quienquiera seamos, somos los convidados de la Fiesta de Dios, como decía ayer, y que hay un solo camino que lleva a la Fiesta de Dios, *uno solo*:

“Amarás al Señor, Tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt 22, 37-39*).

Jesús dirá: “Como yo lo amo”, “Haz esto y vivirás”.

Sí, no hay vida fuera del amor. No existe la realización de nuestra vocación de hijos e hijas de Dios y de herederos del Reino, fuera del amor. Y el amor no es posible sin ese don absoluto, como nos lo

hace notar el Señor ya en la Antigua Alianza y con mucha más razón en la Nueva Alianza. Quienquiera seamos, debemos apasionarnos por Dios con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas. con toda nuestra alma. y con toda nuestra mente.

Por otra parte, creo que hoy tan sensibles como somos a la vida real de los demás, no podemos ignorar la dosis, no digo ya de coraje sino de heroísmo, que necesitan tantos padres y madres de familia para encarar la vida, para tratar de caminar en la tierra a la luz del Evangelio, para tratar de andar según la lógica del bautismo y de la confirmación.

Y a veces nosotros, que hemos recibido tanto, nos sentiremos avergonzados de ser tan tibios, tan cobardes en este camino que lleva a Dios.

Pero no podemos concebir la virginidad, como quizás se ha hecho en otro tiempo, como una instalación en un mundo superior. No podemos compararla con el matrimonio. No *debemos* compararla con el matrimonio. Sino que simplemente debemos tratar de percibir qué significa: es signo de un servicio más elevado, como se suele decir: es signo, en medio del pueblo de Dios. de esa exigencia de testimonio de una vida que solamente se explica *por* el Reino y *para el Reino, a fin de* conducir a esa luz a todos los miembros del Pueblo de Dios; es signo resplandeciente del Reino.

Por cobardía

Finalmente –aunque no voy a insistir en esta tercera consideración– no se trata de ninguna manera de *cobardía o de miedo* frente a las exigencias y dificultades de una vida como la que vive la mayoría de nuestros hermanos y hermanas. Evidentemente, en un mundo como éste en que nos toca vivir (que es quizás más que nunca un sitio peligroso, un lugar malo), ellos tienen que luchar en todos los niveles y en condiciones muy ásperas, a veces muy difíciles.

Es cierto que en nuestra vida seremos inevitablemente unos mimados, gente que vive en cierto modo al reparo, que vive en cierto modo en seguridad. Que esa seguridad, necesaria en cierto sentido para nuestra vida comunitaria, para la fiesta de nuestra vida comunitaria, no nos adormezca hasta el punto de convertirnos en perezosos, si puedo hablar así, en el camino que lleva a Dios, y en olvidadizos de la gran angustia del mundo, en temerosos de la gran angustia del mundo, cuando surjan por ejemplo en la mitad de la vida, esos empujones interiores que ni habíamos sospechado, en los que no habíamos pensado, que no habíamos creído que existían. Hermanas, si permanecemos en lo que somos, que no sea por miedo de estar envueltos en la lucha sino para entrar más profundamente en la espesura del misterio. Y nuestro misterio es el *misterio del desierto* que evocábamos ayer. Pero cuando intentemos determinar las pistas de este desierto, veremos bien claro que se trata ¡y hasta qué punto! del Misterio del sufrimiento para la Resurrección.

b) Razones verdaderas

Pero entonces, hermanas, *¿dónde encontraremos la explicación de semejante elección?* ¿Dónde encontraremos la explicación de semejante forma de vida? Como decía hace un momento, me parece que no se trata de un problema. Bien quisiéramos que fuera simplemente un problema para poder resolverlo y eludirlo.

Un misterio

Se trata de un misterio y, por consiguiente, solamente Dios puede introducirnos en este estado de vida y sólo Dios puede darnos la luz necesaria para que, en la fe. sigamos por este camino, corramos este riesgo, esta aventura.

Ahora bien, tenemos que decir que no somos muy ricos en materia de intervenciones de Dios, de

palabras de Dios sobre este tema.

Jesús, que es Dios, habló una sola vez del misterio de la virginidad, en las circunstancias que ustedes ya conocen.

Relean el capítulo 19 de Mateo. En primer lugar, habló de los que se quedan solos porque los hombres les impiden casarse: habló de los que se quedan solos porque no quieren o no pueden hacerlo; pero también habló de los que permanecen vírgenes a causa del Reino de los Cielos.

Y nunca había tomado Jesús tantas precauciones como ese día para hablarnos de esa aventura misteriosa.

“Quien pueda entender, que entienda”, dice, y también, “Esta palabra, está escondida y muy pocos pueden entenderla”.

Sí, ciertamente es una palabra escondida; la explicación de esta virginidad escondida no salta inmediatamente a los ojos. No la encontraremos en el plano de lo razonable sino únicamente en el plano de la locura.

Estamos destinados, por nuestro estado, a ser “mirada total”, transparencia a la luz

¿Quieren que tratemos de penetrar en el interior de las palabras de Jesús? Por lo general se las explica solamente en el plano de la castidad perfecta: y confieso que ciertamente ese plano es muy importante porque forma parte del misterio de la virginidad. Pero sería un error detenerse allí. Pienso que muchos no experimentan la alegría, el desarrollo que todo hombre y toda mujer deben encontrar en su vocación, porque se detienen en el camino. No han visto, no se han dado cuenta, no han comprendido, no han ido hasta el fondo. Comencemos por el humilde plano de la castidad perfecta.

Mis hermanas, lo podemos encarar, en cierto modo, independientemente de Jesucristo, ya que no somos los primeros que hemos comprendido el alcance de la castidad, y de la castidad perfecta.

Pero veamos un poco qué es lo que podemos decir, qué es lo que nos sugieren por otra parte los textos conciliares cuando nos hablan de este tema.

Creo que no debemos olvidar jamás que nosotros, monjes y monjas, *pertenecemos por excelencia a la raza de los “videntes”*, a la raza de los que son del país de Dios, de la “casa de Dios”, y que se esfuerzan a lo largo de su peregrinación, por entrar cada vez más en el conocimiento de ese país de Dios.

Al santo Cura de Ars le gustaba decir; “Dios es mi herencia”. Sí, Dios es nuestra herencia. Es la herencia de todo hombre que viene al mundo, ya que todos hemos sido llamados a la fiesta y que la fiesta de Dios es esa vida contemplativa de los *TRES*.

Pero si todos los hijos de Dios, todos los bautizados están llamados a ser contemplativos, videntes – porque el creyente es ya un vidente– comprendan ustedes hasta qué punto están destinados el monje, la monja (que los antiguos, por ejemplo Helinando de Froidsont, cisterciense del s. XIII, llaman Secretario de Dios, Amado de Dios) a ser en medio de sus hermanos, en medio de sus hermanas “mirada total”, como dice Abba Besarion. “*O monakos estin olos Ophtalmos*”. “El monje es ojo total, mirada total” como los querubines y los serafines. Esto es lo que se aprendía en el desierto de Egipto. El monje es mirada total: y el monje es monje sólo en la medida en que se transforma en mirada total, en que se transforma en contemplativo, en vidente.

Ahora bien, hemos oído de labios de Jesús en la montaña, que *solamente los corazones puros ven a Dios*. ¡Ah! yo sé muy bien que esta pureza de corazón significa la transparencia del ser entero; no

designa únicamente la castidad; pero reconozcamos que la castidad –ya sea conyugal o la castidad perfecta con mucha más razón– constituye un elemento escogido importantísimo de esta pureza de corazón que nos libera, que nos devuelve esas disposiciones de la infancia –de las cuales quizás hablaremos esta tarde– que permiten el acceso del Reino y el acceso al Reino.

Hermanas, no dudo de que si Jesús ha querido para algunos de sus discípulos, de sus hermanos, de sus hermanas, la castidad perfecta, y por lo tanto la exclusión total y definitiva del uso de la esfera sensual, es para que esos hombres y esas mujeres, habiendo recobrado esa gracia de infancia que los vuelve transparentes a la luz de Dios, no sean más que mirada.

... y signos del Reino definitivo

Podemos agregar, siempre en este mismo plano, que el monje, la monja que se han convertido en mirada total, y justamente porque no son más que mirada sobre el Reino, son signos del Reino para los demás miembros del pueblo de Dios y para el mundo entero. Y al mismo tiempo –ya que este estado no corresponde a la situación presente, que es estar con otro o con otra y crecer y multiplicarse– el monje y la monja, como dice el Concilio, son precursores, son los que anticipan. los que ya representan el “*eskaton*”, los fines últimos, la eternidad, el Reino definitivo, donde no habrá ni matrimonio, ni casados, donde Dios será todo en todos, donde se habrán terminado las necesidades del tiempo, donde por lo tanto permaneceremos todos, y todos juntos, “en la visión, en el amor y en la alabanza”, como dice san Agustín.

Esta situación nuestra, este estado de vida nuestro, tan extraño, tan increíble, tan incomprensible, es como un gran punto de interrogación que debe desembocar, por lo menos para algunos, en ese conocimiento del Reino, donde las necesidades del tiempo ya no existirán, donde no habrá más que Dios, Dios, Dios!

Pero esta explicación de las palabras de Cristo: “Algunos permanecerán vírgenes por el Reino de los cielos”, por más válida que sea, por más maravillosa que sea. no basta para colmar nuestros corazones. Porque la pureza purifica, introduce en las riquezas del Reino, hace posible esa mirada sobre el Reino y esto ya es una inmensa alegría. Es signo de lo que pronto vendrá; pero, lo vuelvo a repetir, la palabra de Dios al primer hombre y a la primera mujer vale tanto para nosotros como para los demás. Sí. Aquella palabra: “No es bueno que el hombre esté solo. Creced, multiplicaos y llenad la tierra”, vale tanto para nosotros como para los demás.

Virginidad, Misterio de amor

He aquí por qué es admirable observar que la Iglesia haya ubicado el misterio de la virginidad inmediatamente en el plano del *Amor*, que es justamente el plano de la presencia y del don de la vida.

¿Cómo puede ser que durante tanto tiempo nos hayamos olvidado de esto, o en todo caso que lo hayamos más o menos ignorado, poniendo en primer plano las exigencias de la castidad, cuando eran las exigencias del amor las que debían ponerse en el primer plano?

Relean el admirable prefacio de la Consagración de Vírgenes. Relean esos tratados sobre el Amor que abundan (por ejemplo, desde el principio con Orígenes Crisóstomo, etc. ..., pero también en el s. XII cuando se produjo el gran florecimiento de la vida monástica); releen los comentarios al Cantar de los Cantares (que también abundan, sobre todo en todas las grandes épocas en que se siente la necesidad de volver a las fuentes).

Hermanas, no se asombren de que nuestros mayores hablen tanto de Amor: está muy bien, porque efectivamente se trata sólo de un misterio de amor.

V. Estar con Jesús en María para transformarnos en Jesús

Cómo me gustaría que pusieran sus ojos en aquella a quien el pueblo, seducido por la existencia de esta mujer que es la mujer bendita entre todas las mujeres y que es virgen y madre, llama “la Virgen”.

Porque pienso que sólo ella puede revelarnos algo del secreto de la vida. Nos tomaría demasiado tiempo ahora, dedicarle una extensa mirada, pero permítanme decirles que María fue una jovencita que soñaba con el amor como todas las jovencitas del mundo, y que encontró a José en su camino, a ese hombre justo con quien pensaba llevar vida común. Pero he aquí que Dios intervino en su amor humano, como ustedes ya saben. No me extenderé en esto. Por lo tanto, su orientación quedó modificada por la irrupción en ella de ese Verbo de Dios que se arraigaba en sus entrañas y del que iba a ser Madre.

María era más hija de Dios que cualquier otra criatura; María se iba a convertir en Madre de Dios; se iba a convertir también en esposa de Dios, en esposa de Cristo.

Esto ya estaba en su pensamiento, en su fe y en su amor, el mismo día de la Anunciación, el día en el que, siendo virgen, se convierte en Madre. Sin embargo, sólo poco a poco se irá dando cuenta hasta qué punto está destinada a ser mucho más esposa que madre; o, si ustedes quieren, tan esposa como madre.

Entra poco a poco en el misterio de su niño, dándose muy bien cuenta de que Él mira más lejos.

Durante los primeros años, vive volcada hacia Él. Durante los primeros años, hasta el acontecimiento del hallazgo en el Templo, piensa que su niño le pertenece (como lo piensa toda madre). Pero a partir de ese día en que el niño le dijo: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en lo de mi Padre, en los asuntos de mi Padre?”, ella supo que Él miraba más lejos. Hacia esa lejanía será conducida María. José, cuya grandeza es incalculable, desaparece de la escena del mundo; él, que junto con María, había sido el cómplice de la Encarnación, el cómplice de los primeros años del Verbo hecho carne. Ella se encuentra entonces con su hijo y poco a poco va a ser conducida a comulgar muy profundamente con su obra, con su Hora. ¿Por qué? “Todavía no ha llegado mi Hora”.

La veremos de pie junto a la Cruz, totalmente transformada en Él, y oyéndose llamar Madre nuestra. Jesús la desprende de El, por así decir, para que ella nos engendre, nos dé a luz, nos dé la vida.

Y bien, pensé que el hecho de ponerla ante nuestros ojos nos permitiría captar mejor; pues María, en su virginidad, representa a toda la Iglesia, es toda la *Iglesia*.

Y el monje, la monja, como María, es toda la Iglesia. Si san Pablo puede decir a todos nuestros primeros hermanos y hermanas: “Estoy terriblemente celoso de vosotros, quisiera desposaros con Cristo” (2 Co 11,2), pienso que nosotros hemos sido elegidos para realizar estos desposorios y este matrimonio en forma muy precisa, muy completa.

El Dueño de nuestras vidas, el Señor, ha intervenido en nuestras existencias y nos ha desviado por lo tanto de la vida común, de la vida ordinaria que hubiéramos podido vivir, muy feliz y quizás muy brillantemente. ¿Y por qué? Porque gratuitamente nos quería con Él. *Estar con Jesús*. Él nos quería con Él *para que nos transformemos en Él*. Pero no solamente para que lo miremos, no solamente para que estemos fascinados por Él –si puedo hablar así–, sino para que con Él, miremos en la misma dirección, para que seamos sus ayudantes, sus cooperadores, completando en nuestra carne, como decíamos al principio, lo que falta a la Pasión de Cristo, a su Pasión por su Cuerpo que es la Iglesia, para que seamos una humanidad suplementaria para Él, en la que renueve todo su misterio.

VI. Virginitad consagrada - Misterio de sangre - Misterio de vida

Era necesario asumir la responsabilidad de la virginidad, para que Cristo fuera la gran presencia, la única presencia, la explicación de la Vida, y para que, transformándonos en *Él*, fuéramos capaces de dar a luz, para que fuéramos capaces de continuar la Redención, la Salvación del mundo.

¡Oh! ¡Qué hermosa es la palabra de san Pablo que presenta a Cristo devolviendo el Reino a su Padre al fin del mundo y diciéndole: “Heme aquí, Padre, a Mí y a mis hijos” (*Hb 2,15*)!

Y precisamente pienso que nosotros hemos sido llamados a eso: a presentarnos ante nuestro Padre Celestial, no solos, sino con los hijos que nos nacen de nuestra virginidad. Virginitad comprendida como ese misterio de amor por el cual el otro deviene la luz, la presencia, por el cual el otro deviene todo en la vida, el horizonte de la vida, como decía el P. Lacordaire.

Misterio de amor por el cual nos transformamos en el otro, por el cual nos transfiguramos, por el cual nos metamorfoseamos en el otro.

Ayer oíamos que Jesús decía a Pedro: “En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras” (*Jn 21,18*).

Y Juan intenta explicarnos que Jesús se refería a cómo lo glorificaría Pedro con su muerte. Y efectivamente, Pedro será plenamente Pedro cuando sea crucificado como el Maestro, cuando se configure con el Maestro.

Así realizamos nosotros el misterio de nuestra virginidad.

Bien lo había comprendido Ignacio de Antioquía cuando se dirigía a Roma y suplicaba a los cristianos que no hicieran nada para librarlo de los dientes de las bestias; porque, decía, ahora es cuando me convierto en Obispo, ahora es cuando me convierto en discípulo. Se había dado cuenta hasta qué punto la virginidad y el martirio no son más que una sola cosa. He aquí por qué encontramos esa conexión entre virginidad y martirio desde el comienzo de la Iglesia; como si lo normal, como si el resultado esperado fuera dar la vida con Cristo, en Cristo y por Cristo, para que las personas que nos han sido confiadas y que son nuestros hijos puedan nacer a la vida de Dios.

Este es el “*mysterium fidei*” por excelencia, el misterio de la fe, porque es el misterio de lo inútil; es el misterio de la sangre derramada que evocamos cada día cuando consagramos el vino, de esa sangre que será derramada, misterio de la fe, y que es el feliz misterio de nuestra vida.

Cuando empezamos la aventura, cuando empezamos nuestra vida, no vemos muy claro. Cuando el problema se nos replantea en forma aguda, no vemos muy claro: pero no nos asombremos; no podemos ver muy claro.

Lo que debemos saber, lo que debemos comprender, es hasta qué punto, en el “cotidiano” de esta existencia, esa soledad que quizás nos asustaba y que en ciertas oportunidades nos asustó muy duramente, muy dificultosamente, se cambiará por nuestro consentimiento al Amor, en presencia feliz, feliz en el Cristo total. Y esa esterilidad que nos hacía sufrir, también se tornará fecundidad real, que solo conoceremos cuando pasemos a la luz, pero que sin embargo podemos sospechar un poco desde ya y que es la luz de nuestra vida.